

# DONOSTIARRAS DEL SIGLO XIX

**A**L publicarse esta notabilísima obra del Sr. Loyarte, no quisimos adelantar juicio propio por considerarnos ligados con estrechos lazos a su prestigioso autor; hoy que han hablado los críticos y podemos recoger sus autorizadas opiniones, placenos manifestar la impresión satisfactoria de que nuestro criterio ha sido corroborado por la opinión general de escritores del país y de fuera, quienes afirman unánimemente que el último libro de D. Adrián de Loyarte sobrepasa con mucho el nivel de los que hasta ahora se han publicado de índole parecida, lo que como colaboradores de la Revista y como compañeros suyos del Consistorio nos congratula y enorgullece al mismo tiempo.

He aquí ahora las opiniones emitidas en las diferentes publicaciones que hemos podido recoger, sintiendo no disponer de algunos periódicos en que se han dado a luz críticas muy autorizadas, pero cuya adquisición no nos ha sido posible:

LOS LIBROS

DONOSTIARRAS DEL SIGLO XIX

*por Adrián de Loyarte.*

A la vista tengo un libro serio: nos interesa porque habla de San Sebastián, de sus hombres de ayer, de los que dejaron huella. Vivir en un pueblo sin conocer su pasado, me parece algo así como vivir en casa de huéspedes, donde nos falta el calor de la casa, el ambiente es-

piritual, el asiento viejo, el cuarto del abuelo, el brasero que da calor y alegría al alma.

Yo, sin ser de San Sebastián, me paseo por la Ciudad como si pasara por mi pueblo, porque las lecturas me unen con su pasado y los hijos me encadenan con lo venidero; por eso, toca a mis gustos este libro que en buena hora ha venido a mis manos: ofrece un amplio y documentado cuadro de vida donostiarra, y nos enseña a los menos viejos, cosas nuevas que sólo los más viejos conocieron cara a cara, antes de encorvarse.

Y es particular circunstancia, que hablándonos desde casa y de cosas del pueblo, se nos hace asomar al balcón desde donde se domina el conjunto español, entre el cual se mueven y actúan los personajes donostiarras, señalándose reciamente su personalidad fuera del término. Muchas son las páginas de esta obra en las que se advierte esa corriente espiritual, que une y ha unido históricamente al pueblo de la montaña y al pueblo de la llanura, a las gentes de las nieblas septentrionales con las gentes tostadas por el sol del mediodía. Difícil es hallar sucesos culminantes en la Historia de España sin ver en ellos a Guipúzcoa y a sus hijos, tomando parte en el concierto de alegrías y amarguras nacionales.

Acostumbro a coger los libros, con cierto gesto de aburrimiento; ¡se escribe tanto!, ¡se nos hace perder tanto tiempo leyendo miserias! desde la primera hoja hasta la última, hago el viaje en aeroplano; luego, no faltan estropeadores del juguete, de veinte libros queda uno solo bajo llave en el mueble de más lujo de la casa, cuando no es el más peligroso.

El libro se titula «Donostiarras del siglo XIX».

Es de Adrián de Loyarte.

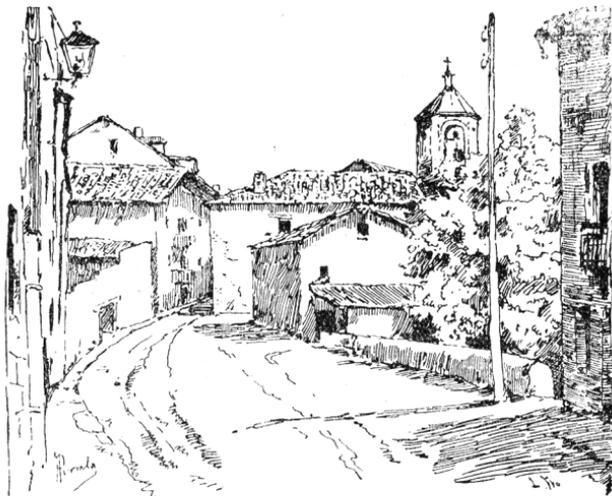
La Casa Baroja ha puesto su sello de seriedad y buen gusto en la edición.

Al comenzar la lectura de esta obra de Loyarte, me interesaba más el asunto que el autor; desde ahora el nombre del autor será suficiente para traerme a lectura de sus libros: no moja la pluma en el tintero de la vulgaridad.

Había oído hablar de Loyarte; tengo la costumbre de no hacer caso de lo que oigo a otros de otros, bueno o malo; no dejé hipotecado el pensamiento, ni he adquirido el fatal vicio, muy español, de hablar y escribir por cuenta del vecino. Claro está que viviendo Loyarte

y yo en el mismo pueblo, habíamos de vernos; la primera vez que le ví no lo ví, porque hablaba él en tribuna pública y yo era un oyente sin lentes; me pareció un joven que leía mucho. Después conocí algún trabajo suyo; me pareció que leía mucho las cosas de fuera y amaba mucho las cosas del país vasco, y que asimilaba lo bueno y lo mediano, reflejando en sus escritos, no tanto el pensamiento suyo como el ajeno, pero no tanto el sentimiento de otros como el propio. Me interesó Loyarte: ¿cómo no ha de interesar en San Sebastián a un estudioso otro hombre estudioso?, perdone el lector la crudeza de la frase, o no se dé por men-

cionado; en San Sebastián no se estudia; mi afirmación tiene valor limitado; no se extiende más allá de la esfera de la especulación puramente científica; ¿quién puede negar que en San Sebastián hay en otros órdenes, gente que estu-



LASARTE

dia, digamos que trabaja?; médicos como en cualquier otra ciudad progresiva; abogados de nota; industriales de grandes iniciativas; artesanos de meritisimas habilidades; pero hombres desinteresados, cultivadores de la ciencia por la ciencia?.....

Loyarte está poco acompañado en ese escalafón ingrato y sin nómina de escritores de ciencia especulativa. Hombres de seso, cuyos artículos y conferencias cuando no son políticos me agradan, los hay; fulano, mengano, etc., sin muchos etcéteras. Volvamos a casa; no he visto a nadie más por las calles.

Y caemos otra vez sobre las páginas tentadoras de ese libro, tentador por su asunto,

Ya lo he leído todo, bastante despacio; cosa rara; ya veo que no hay ideas alquiladas. Y he caído en la tentación de insistir en la lectura de algunos capítulos, en los cuales dejé señal al pasar, porque algo ví en ellos. Hay algo, en efecto; y me llaman la atención de tal modo, que sin querer he cogido la pluma para apuntar sobre ellos mi impresión.

Pero temo entrar en esto de la crítica; es un altar donde se consume mucho incienso a ídolos falsos y los fieles van perdiendo la devoción, porque en el templo forman fila unos cuantos señores al servicio de la amistad o al servicio de la envidia. Hoy tenemos en España un número portentoso de novelistas, poetas líricos y dramáticos, y hasta poetas épicos, que es lo más raro que se puede ser en este mundo, los cuales parecen muy buenos; pero su bondad se funda nada más sobre la palabra de sus amigos: se oye el tic tac del molino, pero no se ve la harina.

Queremos hablar del libro de Loyarte porque sentimos simpatía impersonal, cariño a la obra: el cariño, decía Sdilegel, os hará ver las bellezas y perdonar los defectos: el demérito de una obra no está en la presencia de defectos sino en la ausencia de bellezas: pobre Lope de Vega, si hubiera caído hoy en manos de ciertos críticos que van a la caza de defectos; la crítica no quiere escopeta ni incensario: quiere nada más que cierto tino para apreciar el sabor de la fruta.

En la parte biográfica del libro «Donostiaras del siglo XIX», de Loyarte, aunque montada en ciertos puntos sobre andamiajes puestos por otros eruditos, hay mucho material nuevo; esta labor cuesta fatigas y a veces dinero: nos parece que el autor ha bebido en buenas fuentes; suponemos que no se habrá dejado llevar de vanidosas informaciones sin comprobar hechos y diplomas; conviene depurar mucho oropel en las alcornias.

José Manterola es la primera figura que se destaca en la galería trazada por Loyarte. No sabemos a qué razones obedece la precedencia, ya que la superioridad mental y prioridad de nacimiento del homónimo D. Vicente Manterola piden el primer puesto para éste. ¿Será acaso cuestión de cariños? Los merece; adivinó José Manterola, con gallardía y fina perspicacia el medio más eficaz para que despertase el alma vasca, que, como la de todos los pueblos, está en su literatura. La publicación del *Cancionero vasco*, la iniciación de los Juegos Florales y de la Revista EUSKAL-ERRIA, son estela brillante que dejó Mante-

da, y que Loyarte con delicadeza de sentimiento, no quiere que se borre, ni que su pueblo se aparte de ella.

Con todo, no olvida el autor de estos estudios históricos al ilustre canónigo, que como orador sagrado y orador político, llevó el empuje de su dialéctica a reñir batalla con el más brillante de los oradores de las Constituyentes. Si en el análisis un tanto impreciso del modo oratorio de D. Vicente Manterola, se destaca poco la individualidad del biógrafo, en cambio tiene toques acertadísimos para señalar el carácter del hombre que, azotado por mil contrariedades y perseguido por sus supuestas ambiciones, tiene gestos de humor que valen por cien sentencias absolutorias; como nadie ha sabido comprender Loyarte la conveniencia de traer a cuento la anécdota de los zapatos y la herencia de tres pesetas que dejó D. Vicente Manterola; y vale también como oro viejo el recuerdo del delicadísimo tributo rendido por el noble presbítero D. Isidoro Bengoechea al gran orador donostiarra, costeando sus funerales en Alba de Tormes: hay genios incomprendidos en este charco donde croan ranas.

El capítulo dedicado al P. Vinuesa, nos parece el más hondamente pensado, y bien lo exige la señalada personalidad del jesuita donostiarra, que desde muy joven dió a conocer sus naturales aptitudes oratorias en cuestión jurídica; y en la edad en que los hombres frívolos se dedican a resolver el feo problema de ocultar las canas, el P. Vinuesa se preocupaba en las cuestiones sociológicas, llevando su luminosa palabra a los centros obreros, donde ganó el respeto y la simpatía de los socialistas, aunque no siempre su adhesión, porque el orador no se valió nunca de falsos espejismos que fascinan, sino de razonamientos inflexibles: así lo hace notar el autor, precisando esta nota distintiva de la oratoria de Vinuesa, que jamás se apartó de la sociología evangélica sacrificándola al lastre filosófico del siglo XVIII, como hicieron otros oradores sagrados.

Muy acertada y sobria es la comparación que Loyarte hace entre la oratoria del P. Vinuesa y la del P. Félix y Bourdaloue; quien haya leído las obras de estos dos oradores ilustres, y conozca el discurso fúnebre del P. Vinuesa en honor de las víctimas del crucero *Reina Regente*, que copia íntegro el historiador, advertirá la fuerza de observación con que éste ha penetrado en el análisis de la oratoria de su ilustre paisano. Quizá se desborda demasiado la erudición del autor; es un alarde justificado, sí, ante la necesidad de presentar con todo su relieve la fuerte

intelectualidad del P. Vinuesa, pero conviene desprenderse un poco del bagaje recogido en el despacho y dejar caer sobre el papel lo que una cabeza bien documentada y nutrida puede dejar de su propia cosecha, aunque esta cosecha haya crecido al calor del pensamiento ajeno. Este es un brillante defecto, permitase la paradoja, que solamente he advertido en los capítulos dedicados a Vinuesa y a D. Vicente Mantecola. Precisamente señalo en la restante labor de Loyarte, ese prescindimiento de la inspiración ajena; ha robustecido su espíritu con tan amplia y escogida cultura, que bien puede ya mojar la pluma en su propio tintero, y decir como Alfredo de Musset, mi copa será grande o pequeña, pero bebo en ella.

En el capítulo dedicado a D. Antonio Arzác, se ve confirmada mi



Costa guipuzcoana.

anterior afirmación; están frente a frente dos donostiarras unidos por sano cariño al solar vasco: sonrío de satisfacción el lector cuando mira el bondadoso rostro de Arzác, que vivió para cantar dulcemente; fué todo amor; las flores, los valles, las aldeas, comunicaron placidez al alma de este hombre, mordida por amargores de la vida. Es un acierto de Loyarte tal capítulo; sobre la tumba de Arzác no leeréis el triste epitafio del poeta: «Nunca duerme entre flores quien las canta». Parece que la dulzura del biografiado comunica al historiador cierta sentimentalidad, con la cual ha pintado un cuadro finísimo, poético, delicado, como es fina y poética y delicada la literatura del simpático bibliotecario Antonio Arzác: al verle a través de estas páginas, nos parece que pasamos animada charla con aquel bondadoso guardián de las letras vascas en la Biblioteca Municipal.

La anécdota de la entrevista de Arzác y Mosén Jacinto Verdaguero,

el cantor catalán de la «Atlántida» y «Canigó», es una bella página y el fruto de la entrevista de ambos vates regionales, una bellísima poesía.

Del P. Venancio Minteguiaga y de su obra «La Moral Independiente y los principios del Derecho Nuevo», de la cual se han ocupado excelentes pensadores, hace Loyarte un serio estudio psicológico, fijando con datos estadísticos muchos hechos sociales que se han manifestado en el transcurso de los años, Y que fueron adivinaciones del sociólogo Minteguiaga. Es un capítulo de mucha enjundia.

Y de mucha vida y animación el estudio de José Juan Santesteban, con riqueza de datos biográficos, que ponen al autor en ocasión de trazar alrededor del movido vivir de Santesteban, el cuadro curioso de una época donostiarra, en las charangas de los *achuas*, la de señoritos, la de los gámbaros; las fiestas celebradas con motivo de la llegada a San Sebastián de los Reyes Fernando VII y Doña María J. Amalia, en 1828, los *ezpatadantzaris* y *brokelaris*, que tanto gusto dieron a los Reyes; la brillante descripción del sitio de San Sebastián durante la guerra de los siete años; los famosos carnavales donostiarras que sucedieron al ruido del cañón. El viaje de Santesteban a Italia, pone en la pluma del historiador felices cuadros de vida artística; las andanzas de Santesteban por el país de los magos del arte musical..... sus conversaciones con Rossini, etc, terminando este pintoresco capítulo con el estudio de los orígenes del Orfeón Donostiarra y un juicio de los *misereres*, *zortzikos* y demás filigranas del distinguido músico maestro.

Las biografías de Echagüe, Urbiztondo, Blanco, las hemos leído más a la ligera: nos interesan menos las vidas de generales, que las de esos otros hombres que pacíficamente ordenaron sus horas de trabajo, contribuyendo al desarrollo científico, artístico, industrial.

Loyarte es trabajador meritísimo; ha formado una personalidad con sus lecturas; puede ya dar cosecha de su campo; lo muestra su reciente obra.

En la prosa, un tanto abundante y redondeada, quisiéramos ver menos afición a los períodos oratorios, aun siendo éstos de oratoria de buena ley, y no oratoria de alcalde: para ello le conviene dejar lecturas modernas y codearse unos días con los clásicos, en cuyos libros asimilará variedad de giros y riqueza sintáctica, que aristocratizan la dicción, y hallará el arte exquisito de la sobriedad, con la cual se comunica más derechamente el pensamiento, sin cansar al lector o al oyente, que hoy coge con mucha prisa los libros y oye los discursos

sin sentarse. La prosa de Lobarte es limpia y clara; pero hoy la prosa ha de ser, además en escritores de su relieve, prosa adornada con la virtud difícil de la sobriedad.

Felicitemos al autor de este libro, que tan felices horas nos ha concedido. Deseamos que siga su labor, sin acordarse de solicitar puesto en Academias; los que escriben con la mirada puesta en el sillón lo alcanzan a veces, pero no siempre lo merecen; los que escriben sin acordarse de que hay cintajos y títulos oficiales y sillones académicos, no siempre los alcanzan aunque a veces los merecen.

VICENTE FERRAZ

(De *El Pueblo Vasco*. San Sebastián.)

\*  
\* \*

### «DONOSTIARRAS DEL SIGLO XIX»

Desde que vió la luz tengo sobre mi mesa el primer tomo de la obra que con el mismo título de este artículo ha empezado a publicar mi distinguido amigo particular D. Adrián de Loyarte. Quería leerlo, por la mucha enseñanza que esperaba encontrar en él respecto de San Sebastián y de su Historia; y deseaba, además, consagrarle algunas líneas encomiando estos trabajos biográficos y recomendándolos al lector.

Porque aun antes de leer el libro, con sólo mirar su índice y hojearlo rápidamente, me parecía digna de encomio la labor del Sr. Loyarte. ¡Cuidado si se necesita amor al estudio y cariño a su país para dedicarse, sin que la necesidad material obligue a ello, a reunir datos y antecedentes, a escudriñar rincones de la Historia y enterarse de tan diversas cuestiones, gastándose el tiempo, la paciencia y el dinero, hasta poder dar cima a empeño semejante! Nada más que por eso merece ya el Sr. Loyarte plácemes, y que sus paisanos honren el libro, adquiriéndolo, leyéndolo y conservándolo.

La falta material de tiempo me ha hecho ir aplazando mi propósito, o mejor dicho, me ha obligado a efectuar lentamente la lectura, que comencé, no en el orden del índice, sino en el de mis preferencias; por esto me ocupé antes de los hombres que pondría llamar del oficio, de Minteguiaga, Vinuesa, los Manterola, Aguirre-Miramón, Arzác, Santesteban, para acabar por los generales Urbiztondo, Lersundi, Echagüe y D. Ramón Blanco. Lo mismo unas que otras, todas estas biografías me han interesado profundamente.